

¿POR QUÉ, PARA QUÉ Y CÓMO ENSEÑAR Y APRENDER LA HISTORIA?¹

Why, for what, and how to teach and learn history?

Gabriel Jaime Arango²

“La función propia del pensamiento es la de asumir la experiencia y la conciencia histórica vigente, y desde ahí realizar su crítica como posibilidad siempre presente a partir del hombre y la colectividad actual.”

José María Ortega, 1988.

“La historia es el relato de la evolución cultural”.

Eduard Osborne Wilson (1929)

Entomólogo y biólogo estadounidense.

“Si no asumimos nuestra propia historia, inevitablemente incorporaremos la ajena.

Gustavo Cirigliano (1919-2011)

Filósofo y educador argentino.

“Lo que nos falta a los colombianos es eso: ser colombianos”

Luis Alberto Acuña (1904-1994)

Pintor y escultor colombiano.

¹ Primera Conferencia Convención anual de la Academia Antioqueña de Historia y los Centros Municipales de Historia presentada en el auditorio Manuel Uribe Ángel el 27 de mayo de 2023.

² Educador y promotor cultural, licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana y comunicador social-periodista de la Universidad de Antioquia. Especialista en Planeación Educativa, Educación Infantil y Formación Docente. Durante más de 40 años ha estado vinculado a la formación y el desarrollo de políticas públicas en materia educativa y cultural. Ha sido Director de Currículo de la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Representante del Ministerio de Educación Nacional, Director de Educación, Cultura y Bibliotecas de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco y Director de Cultura del Departamento de Antioquia. Actualmente es Director de Docentes de la Universidad Eafit.

1. Introducción

La percepción que todo ser humano posee de sí mismo no es solo fruto del conocimiento racional y objetivo de la inteligencia, la que le permite elaborar ideas acerca del Yo y de sus mundos físico y social, con los que interactúa, sino también, y muy especialmente, de la conciencia, sustento del sujeto moral, es decir ámbito donde se forjan y operan los sentimientos o valores morales. Dos sistemas de representación, el de las ideas, y el de los valores, esclarecidos y fundamentados por las ciencias y la ética, respectivamente, son los ejes estructurales de la cultura, y, por consiguiente, de la identidad cultural de una persona y de una sociedad. Sin sus componentes esenciales la cultura corre el riesgo de tornarse desestructurada y errática, y sin el soporte de la cultura, la individualidad no encuentra el camino apropiado para la personalización humana.

De las Ciencias Sociales, la Historia es una de las más importantes fuentes del conocimiento humano, en cuanto permite a toda persona descubrir y valorar críticamente sus raíces, afianzar su identidad personal, cultural, regional y nacional, comprender el presente e idear y construir el futuro. El Hombre, en su devenir temporal, es el objeto de conocimiento de la historia. Por ello es nutriente principal de la formación ideológica de todo ciudadano y por lo tanto de su comportamiento político, es decir de su relación con los conciudadanos y con el Estado. En términos del filósofo Michel Foucault, la ética es el cuidado de sí, la política es el cuidado del otro y la ecología el cuidado de la naturaleza y el mundo.

Una necesidad básica y existencial, de naturaleza sociocultural e histórica, que toda persona siente y requiere satisfacer desde temprano en su vida responde a tres preguntas básicas que siempre nos acompañan: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy? Responder acertadamente a ellas, tanto en forma singular como plural, depende del conocimiento y la comprensión de la historia personal y colectiva. De las respuestas elaboradas depende en gran medida la construcción de la propia identidad. Para toda persona es un imperativo cognitivo y moral saber de sí mismos, de “nosotros” y de los “otros”, congéneres y coterráneos, de sus procesos evolutivos individuales y grupales, no sólo genéticos y familiares, sino culturales, de su contexto y de los recursos naturales que dispone, de las formas de organización social y de su temporalidad.

Para el desarrollo de la conciencia histórica, el acceso a la historia natural y sociocultural, a una buena historia, comprensible y al alcance de todos, es el insumo principal y la gran riqueza patrimonial y existencial de una persona, de su grupo familiar y de una comunidad. Fue esto lo que Paul

Gauguin (1848-1903) logró en el silencio desesperado de su tormentosa existencia y lo que al final de su vida, en el taller de Tahití, en 1897, le permitió crear, en forma coherente y fiel a sus más profundas convicciones artísticas y culturales, su legado para la humanidad, su obra maestra: “D’où venons-nous?, (¿De dónde venimos?) ¿Que sommes-nous?, (¿Qué somos?) Où allons-nous ? (¿A dónde vamos?)”, hoy en el Museo de Bellas Artes de Boston. A partir de esas tres preguntas formuladas en plural representa el “paraíso” naturalista y bucólico de la isla, sometido, lógicamente, a la percepción y al lenguaje pictórico del artista, para expresar en él la visión acerca del hombre y su devenir cultural, desde el mito del origen, hasta la construcción vital del sentido de la especie humana y su presencia e incidencia en el mundo. El valor universal de la historia y la pintura radica en que la primera sirve al ser humano de soporte para forjar conocimiento y conciencia, y la segunda, como lenguaje expresivo para las ideas, los sentimientos y las experiencias.

La Historia, con sus investigaciones, hallazgos e interpretaciones, en campos de tan diversa índole como la evolución humana; la organización social; los acontecimientos socioeconómicos y políticos regionales, nacionales o mundiales; el avance de la ciencia y la tecnología; el desarrollo de la cultura en sus diversas manifestaciones y expresiones, etc., hace posible el conocimiento y la aceptación de ese “sí mismo” que cada uno es.

El conocimiento y la asimilación crítica de la historia contribuye a racionalizar lógicamente y éticamente el pensamiento, los sentimientos y las actitudes humanas, permitiendo el desarrollo del pensamiento crítico, la apertura y flexibilidad de la mente, y la toma de decisiones morales. Por el contrario, desconocer o Ignorar la historia, las verdades que a su luz se revelan y lo que ella enseña, bien por falta de oportunidades, por decisión voluntaria o terquedad, predispone a las personas a tornarse fanáticas, de mentalidad cerrada, intolerantes, dogmáticas, radicales, racistas y agresivas.

A la memoria histórica, cultural y colectiva, que es viva, deben los pueblos y naciones del mundo su afinidad y cohesión. Por ella se le identifica y valora, se les trata y aprecia como a diferentes, a la vez que fraternalmente se les siente presentes en el mundo.

Hay, ciertamente, múltiples interpretaciones de la historia, ninguna de ellas definitiva; pero solo un

pasado. Y aunque el pasado ya no existe, hay dos razones por las que resulta indispensable para comprender lo que experimentamos hoy y lo que nos espera mañana y en lo sucesivo. En primer lugar, la actual población mundial representa aproximadamente el 7 por ciento de todos los seres humanos que han vivido nunca. En otras palabras: los muertos superan en número a los vivos en una proporción de catorce a uno, e ignorar la experiencia acumulada de una mayoría tan enorme de la humanidad redundaría en perjuicio nuestro. En segundo lugar, el pasado es realmente nuestra única fuente de conocimiento fiable sobre el efímero presente y los múltiples futuros que nos aguardan, de los que solo uno ocurrirá realmente. La historia no es solo el modo en que estudiamos el pasado; es el modo en que estudiamos el tiempo propiamente dicho (*Ferguson, 2012*).³

2. ¿Por qué y para qué estudiar la Historia?

Por la fascinación que los relatos históricos suscitan en los seres humanos, los aprendizajes que proporciona, los valores que exalta y los comportamientos que promueve y transfiere, la Historia ha llegado a considerarse, para bien o para mal, la gran maestra de la humanidad. De ahí las mayores exigencias metodológicas y didácticas que cada día se hace a los historiadores y a las instituciones educativas para que aborden su elaboración y estudio con compromisos de científicidad, objetividad, equilibrio y veracidad. Ocultar, borrar, desfigurar, parcializar y tergiversar intencionalmente los hechos históricos es hoy un comportamiento socialmente inadmisibles y perverso. La “historia oficial”, tanto como la escrita por los vencedores, está sometida al escrutinio riguroso de la población.

³ *Ferguson, Niall (2012). Civilización. Occidente y el resto. Barcelona: Random House Mondadori. S.A. p.24-25. Historiador británico, considerado por el periódico Time, el más brillante de la actualidad y una de las cien personas más influyentes del mundo*

Con la autoridad del conocimiento profundo y documentado de la historia occidental de la cultura, la escritora española Irene Vallejo (2020)⁴, dice:

Desde tiempos remotos, de generación en generación, los seres humanos nos relatamos los hechos históricos que han dejado huella en la memoria de las generaciones, pero tenemos la manía reincidente de convertirlos en leyenda. En el siglo XXI, la invención de gestas heroicas puede parecernos un mecanismo primitivo ya superado. Sin embargo, no es así: cada civilización elige sus episodios nacionales y consagra a sus héroes para enorgullecerse de un pasado legendario...No importa que la época añorada fuese en realidad poco gloriosa.”

En relación con la necesidad de contar con una clave para la comprensión de la dignidad humana a partir del conocimiento y el desarrollo de la conciencia histórica, en su libro, *El infinito en un junco*, la profesora Vallejo recuerda y cita, por la contundencia de su visión moral, a la filósofa Hannah Arendt, para quien “El pasado no lleva hacia atrás, sino que impulsa hacia adelante y, en contra de lo que se pudiera esperar, es el futuro el que nos conduce al pasado”.

La conciencia histórica compartida es el sustrato cultural que permite a los seres humanos preservarse como naciones pluriétnicas y multiculturales. En ella se acuñan, guardan y valoran las raíces del conglomerado humano que han llegado a ser a través del tiempo, los propósitos y logros colectivos, el lenguaje común, los acuerdos políticos para la reafirmación o la corrección del rumbo y la visión de los futuros deseados. Las ideas que nos conectan, tanto como los sentimientos morales que nos son comunes, son los insumos que permiten crear vínculos de identidad, apropiación, pertenencia, responsabilidad social, compromiso y afecto con las personas cercanas y los conciudadanos, pero también con los extraños y desconocidos con quienes necesariamente entramos en contacto cuando se trata de convivir y sobrevivir en el mundo.

⁴ Vallejo, Irene. (2020). *El Infinito en un Junco*. Madrid: Ediciones Siruela. S. A. p.90

El conocimiento, la valoración y la conciencia simbólica que una sociedad posea sobre la historia común y el territorio que le pertenece, la geografía y el paisaje que habita, son factores determinantes e insustituible de la identidad personal y cultural. Si la historia nos permite ubicarnos en el tiempo, la geografía nos permite hacerlo en el espacio, todos y cada uno, somos seres espacio temporales. No es lo mismo ser de un lugar que de otro, ni vivir en un tiempo que, en otro, cada ser humano tiene “un aquí” y “un ahora” que le pertenecen y lo definen, lo que a la vez le permite irrumpir en la historia. No es gratuito escuchar “uno solo es del lugar donde se nace, en otro, siempre se será un extraño”.

En la narrativa histórica del pasado, tanto como en la del presente colombiano, es obligatorio y justo incorporar, de una forma revaluada, por la deuda social que se tiene contraída, el reconocimiento y los aportes de muchos sectores y estamentos de la población que durante buena parte de la historia republicana han estado invisibilizados por las estructuras dominantes del poder. Así que el estudio y la elaboración de una nueva historia brindan la oportunidad de ahondar en la comprensión democrática y justa del ser nacional, tanto como en la identidad de los diversos pueblos y comunidades que configuran el país.

Al respecto, la escritora británica Doris Lessing⁵, premio Nobel de Literatura en el año 2007 dice:

“Lo repito: una manera de considerar los dos últimos siglos y medio es como laboratorio del cambio social. Mas para aprender de ellos necesitamos una cierta perspectiva, un desapego; y es precisamente ese desapego el que hace posible, en mi opinión, dar un paso adelante en la conciencia social. Cuando estamos en plena exaltación, en pleno entusiasmo partidista nunca aprendemos nada acerca de nada.

A mi parecer, a los niños se les debe enseñar la historia no como habitualmente se hace hoy, o sea, como el registro de acontecimientos ocurridos hace mucho tiempo que debemos conocer por alguna razón u otra, sino como una disciplina de

⁵ Doris Lessing. (2007). *Las cárceles elegidas*. México: Fondo de Cultura económica. p.96.

la que podemos aprender no solo lo que ocurrió, sino lo que puede volver a ocurrir, lo que muy probablemente ocurrirá de nuevo.

La literatura y la historia, estas dos ramas del conocimiento humano, constancias de la conducta humana, del pensamiento humano, son apreciadas cada vez menos por los jóvenes y también por los educadores. Sin embargo, de ellas podemos aprender cómo ser ciudadanos y seres humanos, podemos aprender cómo contemplarnos a nosotros mismos y la sociedad en que vivimos, de ese modo apacible, frío, crítico y escéptico, que es la única actitud posible para un ser humano civilizado (o al menos eso han dicho todos los filósofos y los sabios)".

3. ¿Cómo estudiar la historia hoy?

Responder acertadamente a esta pregunta obliga previamente a conocer y a evaluar analíticamente las metodologías y didácticas aplicadas al momento de implementar una u otra de las muy diversas escuelas teóricas existentes de la educación. Lo mismo que hay que hacer con la diversidad de textos, materiales didácticos y autores accesibles en cada contexto cultural, dada su altísima incidencia en el aprendizaje de los estudiantes. Igualmente, con los propósitos declarados en las políticas educativas oficiales y los principios y valores definidos por cada plantel para la formación de sus estudiantes, habitualmente planteados en los correspondientes Modelos Educativos y Proyectos Educativos Institucionales, PEI. Finalmente, idéntica labor debe llevarse a cabo frente a las capacidades profesionales, los criterios y las actitudes del cuerpo docente, tanto como sobre los resultados obtenidos en cada grado, ciclo o nivel educativo, evidenciados o no, claramente, en la capacidad argumentativa, los comportamientos y las decisiones públicas de los niños, jóvenes y ciudadanos.

Hay que advertir que la enseñanza y el aprendizaje de la historia, como disciplina curricular, ha estado sometida, más que al libre albedrío de la comunidad educativa, a las orientaciones, prescripciones y dictámenes del Ministerio de Educación Nacional y las secretarías departamentales o

municipales del ramo, en atención a las políticas públicas prevalentes en los diferentes momentos e instancias del devenir gubernamental.

El estudio de la historia, inicialmente dispuesto para contribuir a la conformación del ser nacional, el Estado y el sistema de gobierno, se afincó en el conocimiento de los hechos y los personajes heroicos de la gesta de independencia frente a España, luego a la fundamentación de la identidad ciudadana y cultural, y al puesto que Colombia ocupaba, o que creía merecer, en el concierto de las naciones del mundo.

En el transcurso de los siglos XIX y XX, las dinámicas del devenir histórico se complejizaron de tal manera, que la historia se tornó en disciplina depositaria y transmisora oficial, casi que exclusiva, de las voluntades del poder imperante y por consiguiente en fuente de apalancamiento para una percepción fragmentada y excluyente de la realidad nacional y de amplios sectores de la vida nacional.

Ante situaciones de continuo descontento, frustración y reclamo social, las ciencias sociales, con su visión científica, estrategias de interdisciplinariedad y ejercicio del pensamiento crítico en la comprensión y explicación de la realidad nacional y la búsqueda de soluciones para los grandes problemas de la población, plantea, a partir del año 70 del siglo XX, un nuevo enfoque para la enseñanza y el aprendizaje de la historia local, nacional, continental y universal. Basada, no ya en la historiografía memorística de personajes y hechos, sino en el análisis y la comprensión crítica de la realidad sociopolítica y cultural del país, a partir de la multicausalidad y complejidad que la configura, de sus efectos en las estructuras y las instituciones, las dinámicas de la producción, los procesos sociales y las condiciones materiales y objetivas de existencia de los pobladores en los territorios.

Para iluminar la reflexión, más que para prescribir al respeto, con el riesgo de caer en el adoctrinamiento que implica pensar que en educación y pedagogía solo hay una manera correcta de hacer las cosas, sirva el pensar de uno de las grandes filósofos y humanistas de occidente, el francés Miguel de Montaigne (1533-1592), para quien, según lo consignado en su obra Ensayos, la forma de enseñar la historia implica que el profesor asuma, disciplinaria y éticamente, el compromiso de permitirle al estudiante aprender a pensar y cultivar el desarrollo de criterios propios para interpretar los hechos con autonomía intelectual, juzgar los comportamientos y tomar decisiones frente a la formación de sí mismos, tarea básica de toda existencia humana.

“Pero lo que llama poderosamente la atención de este ensayo (El I) es, como decía, la importancia que Montaigne da a la sabiduría, una sabiduría que no tiene nada que ver con la memoria, porque “saber de memoria es no saber” ...Cuando uno sabe de verdad algo, no mira el libro. Esta es la tesis de Montaigne. Pero en la educación los libros son importantes, especialmente los de historia. Los jóvenes tienen que frecuentarlos. Su lectura provocará el descubrimiento de otras “almas”, las de “los siglos mejores” ...porque lo que Montaigne propone es una lectura “moral” de los libros de historia, no una lectura “factual”. En otras palabras, no se trata de recordar “la fecha de la destrucción de Cartago” sino “el comportamiento de Aníbal y Escipión”. En pocas palabras, lo que tiene que hacer el educador (a través de la lectura) queda expresado en esta frase de Montaigne: “Que no le enseñe tanto las historias como a juzgarlas”.

He aquí una de las tareas fundamentales en educación: juzgar lo leído, juzgar las historias, en lugar de aprendérselas de memoria, y como veremos en el caso de Descartes, un siglo después, tampoco para Montaigne una buena formación tiene que ser solo libresca, porque la lectura del libro tiene que ir acompañada de la lectura del mundo. Las dos “lecturas” no pueden separarse...Tendríamos que aprender que somos ciudadanos del mundo, que ser un yo es no ser nada compacto ni definitivo, que es estar en el mundo. Es necesario, pues, abrir el yo al libro del mundo, porque su “lectura nos ayuda a juzgar nuestra propia vida. (Mélich,2019).

No obstante, y por simple precaución, es oportuno destacar que en los procesos de enseñanza y aprendizaje de la historia es inadmisibles, por su improcedencia ética, la deformación y la descontextualización intencionada de los hechos y decires de los sujetos cuyos actos y comportamientos se analizan e interpretan. Ocultar, cercenar, tergiversar o erosionar por razones ideológicas o afectivas la verdad de los hechos, el sentido de los términos lingüísticos, o los datos disponibles, es una práctica perversa de la conciencia.

4. Necesidades socio-culturales de atención prioritaria para el fomento y el estudio de la historia en Antioquia

Propiciar el dialogo y la interacción profesional entre el cuerpo de historiadores y las instituciones de formación e investigación histórica existentes en el departamento de Antioquia, con el propósito de fortalecer los aportes de tan valiosa comunidad intelectual y académica al estudio y comprensión crítica del presente socio cultural y al desarrollo de la conciencia histórica entre la población.

Promover la investigación histórica sobre el departamento de Antioquia en todas aquellas dimensiones que sean pertinentes, recurriendo para ello, en forma primordial, al uso de fuentes primarias documentales, a las fuentes orales y testimoniales de valía y a las metodologías cuantitativas y cualitativas correspondientes a las ciencias sociales.

Dado que al momento de presentarse o configurarse hechos y acontecimientos de cierto valor histórico y de especial significación para el devenir humano y sociocultural de una comunidad, pudo no haberse previsto o tenido la oportunidad de realizar su registro y documentación para la posteridad, para su reconstrucción y comprensión es entonces necesario acudir, posteriormente, al recuento directo o indirecto de lo que haya quedado gravado, parcialmente, a manera de experiencia personal, en la memoria de cada una de las personas intervinientes. Por consiguiente, la metodología más recomendada para adelantar la investigación inicial para la escritura de un texto comprensible y analítico se la Historia Oral, complementada, claro está, en forma apropiada y simultánea, con la consulta de fuentes escritas que sean pertinentes.

“La propuesta de utilizar los testimonios directos de aquellos que vivieron durante un determinado período histórico y participaron en la gestación del mismo ha sido en las últimas décadas ampliamente debatida por historiadores, sociólogos, antropólogos y lingüistas. La historia oral, término acuñado en los años cuarenta por Allan Nevins⁶, ha posibilitado la

⁶ Doris Lessing. (2007). *Las cárceles elegidas*. México: Fondo de Cultura económica. p.96.

utilización de una técnica de investigación que permite dar respuesta a los problemas que se derivan de la ausencia de fuentes escritas referidas a un determinado período o a una determinada temática

El debate sobre los supuestos metodológicos que legitiman la actividad investigativa de los historiadores orales ha permitido delimitar los principales conceptos de carácter teórico que se refieren a la utilización de esta técnica: el objeto de la historia oral, su aplicación a las diferentes áreas de la historia, la relación con otras disciplinas, la fiabilidad y veracidad de las fuentes orales, su complementariedad con otras fuentes y la referencia a otros aspectos de carácter técnico, como los criterios de selección de informantes, el diseño de los cuestionarios y la transcripción del material obtenido” (Folguera, 1987).

Ahora que surge la necesidad de “contar la historia”, o sea de narrarla y describirla en sus aspectos fundamentales, tanto por su utilidad o empleabilidad en la sustentación y aplicación de teorías socioeconómicas, políticas, administrativas y de proyección humana, como por la conveniencia pedagógica y divulgativa de los acontecimientos, sus causas y consecuencias, la Historia Oral es la llamada a reconstruir los fundamentos y motivaciones, hechos, métodos, procedimientos, actividades, nombres de los intervinientes, responsabilidades individuales e institucionales, cronogramas, problemas y dificultades, necesidades y oportunidades, decisiones, diligencias, trámites jurídicos y financieros, etc. que se hayan presentado.

Para el profesor Hernando Restrepo (q.e.p.d.), “la memoria cultural es una afirmación colectiva de las transformaciones en que interviene la comunidad; busca hacer conciencia de la capacidad de todos los coterráneos para construir un sistema propio de vida y de valores que los identifica más allá de las simples manifestaciones folklóricas. Esta característica permite que todos seamos informantes e informados en

un proceso más universal que el de la historia oficial, misteriosamente documentada”.

A la memoria histórica, cultural y colectiva, que es viva, deben los pueblos y naciones del mundo su afinidad y cohesión. Por ella se le identifica y valora, se le percibe y trata y como a diferentes, a la vez que fraternalmente se les siente presentes en el mundo, con derechos y responsabilidades.

Reflexionar sociocultural e históricamente, acerca de los hechos y acontecimientos que en el pasado definieron, o que en el presente inciden o pudieran llegar a incidir significativamente en el devenir comunitario de Antioquia, con el propósito de ilustrar, dilucidar y recomendar a las entidades del Estado y al sector privado las mejores decisiones que sean factibles en favor del bien común.

Potenciar la capacidad de participación crítica y propositiva de la sociedad civil como instancia de vigilancia y control sobre el Estado local, regional y nacional, lo mismo que sobre la institucionalidad privada. Para ello, el soporte es el conocimiento y dominio de la historia ilustrada y analizada críticamente. La participación ciudadana consagrada en la Constitución Nacional, en todos aquellos asuntos de interés público o que atañan a cada persona en el ejercicio de sus derechos, solo es posible cuando se cuenta con ciudadanos consientes de serlo.

Facilitar el reconocimiento y la interacción entre los Centros de Historia del Departamento a través de una red, con miras a configurar una agenda de trabajo que, durante el año 2023 y hacia adelante, los fortalezca y les permita establecer sinergias para la consecución de sus propósitos en relación con la historia local y regional. Tarea bastante decisiva e impostergable, ha de ser la tarea de preservación, mantenimiento y salvaguarda de los archivos oficiales: alcaldías, concejos municipales, notarias, juzgados, despachos parroquias, hospitales, establecimientos educativos, centros culturales, etc. Para que el patrimonio cultural inmaterial llegue a ser fuente de valiosos

aportes para la historia, el patrimonio cultural de carácter material tiene primeramente que asegurarse.

Para el efecto sería posible establecer desde los Centros de Historia un acuerdo con el sector educativo de cada municipio, mediante el cual, y con la contribución de los docentes del área de ciencias sociales, los esfuerzos del servicio social obligatorio de los bachilleres pudieran emplearse en parte, previa preparación, a la realización de tales menesteres. De hecho, así se acercaría a los jóvenes a la preservación del patrimonio y al estudio de la historia cultural propia.

Fundamentar, en asocio con la Academia y los Centros de Historia, las respectivas cátedras municipales, contribuyendo en forma adecuada a su implementación y desarrollo en las Instituciones educativas, con el fin de apuntalar la construcción de la identidad cultural, lo mismo que los procesos de formación cívico-política y el comportamiento ciudadano de los estudiantes, de manera concordante y coherente con los principios de la dignidad humana, el reconocimiento y valoración de los derechos humanos y sus correspondientes deberes, y los valores ciudadanos promulgados en la Constitución Política de Colombia. Esto sería hacer de la cátedra municipal todo un proyecto cultural de formación de líderes responsables del desarrollo municipal.

Vincular el conocimiento y la conciencia histórica al desarrollo permanente de la identidad cultural, y en particular a la formación de la conciencia moral y el razonamiento ético.

En desarrollo de las ideas socráticas, Aristóteles (384 a 322 a.C.) sustentó que la actividad o la función propia del ser humano es vivir, pero no cualquier tipo de vida. Dijo que la característica del ser humano es la inteligencia, la razón, y, por tanto, la forma de vivir especialmente humana consiste en vivir racionalmente.

¿Pero en qué consiste vivir racionalmente? “Tanto en la *Ética a Nicómaco* (I 1.3, 1102 a 26-3 a 10) como en la *Política* (VII 15,1334b15

ss.) al referirse expresamente a los objetivos de la educación, Aristóteles distingue dos partes en la naturaleza humana, en tanto que es una naturaleza racional. Hay en el ser humano una parte *racional*, la razón o entendimiento, cuya función es el conocimiento, y hay además una parte *irracional*, aquella que corresponde a las pasiones y a los apetitos. Esta parte, aun siendo de suyo irracional, puede, sin embargo, “obedecer” a los dictados de la razón.

Por tanto, para el ser humano “vivir racionalmente” tiene una doble vertiente: en primer lugar y como aspiración más elevada, vivir racionalmente consistirá en *acomodar los deseos y las pasiones a los dictados de la razón*. A la primera de estas dos dimensiones corresponde la educación intelectual que se lleva a cabo mediante la enseñanza y el razonamiento; a la segunda de estas dimensiones corresponde la educación moral que se lleva a cabo mediante la formación del carácter” (Calvo, 2003, p. 12). En conclusión, para Aristóteles, *la educación es la formación integral del individuo humano en el seno de una comunidad política*.

“La inteligencia es la capacidad de resolver problemas. **La conciencia** es la capacidad de sentir. Los mamíferos resuelven la mayoría de los problemas mediante los sentimientos...El peligro es que, si invertimos demasiado poco en desarrollar la conciencia humana, la inteligencia artificial muy sofisticada de los ordenadores solo servirá para fortalecer la estupidez natural de los humanos” (Harari 2018, p.92-93).

Moral. “Ninguna sociedad, ninguna comunidad, ningún grupo humano, ha podido sobrevivir sin moral, entendiendo por ésta el conjunto de normas socialmente producidas y aceptadas mediante las cuales se busca regular el comportamiento de los miembros de una sociedad dada con base en criterios de equidad, desinterés, imparcialidad y justicia”.

“Así caracterizada la moral, que para efectos de la diferenciación de la moral religiosa comúnmente conocida y practicada puede llamarse moral civil o laica, entra a formar parte del ámbito de la cultura, donde, al igual que otras manifestaciones como la educación, el arte, la ciencia, la religión, responde a necesidades sociales de vital importancia para los grupos humanos. Dos son estas necesidades sociales a las que responde la moral. **La primera, la de resolver de manera armoniosa y justa los conflictos surgidos de la**

orientación contradictoria de las acciones individuales y colectivas; la segunda, la necesidad de asumir formas colectivas que busquen la realización de objetivos de beneficio común. Para atender a la primera situación se ha construido el discurso moral en torno a la justicia y para atender a la segunda, el discurso moral o social sobre el que debe volverse la atención en este momento” (Restrepo, Beatriz. 1990).

Incentivar en el departamento de Antioquia la producción de material histórico, pedagógico y didáctico que permita a la institucionalidad educativa y cultural del departamento avanzar de forma apropiada, contextualizada, responsable, propositiva y participativa, en la formación cívico-política de los ciudadanos.

En este aspecto sería estratégico que todos los municipios de Antioquia contaran con una buena y completa monografía, con sus diversos aspectos históricos urbanos y rurales, en la cual se pudieran actualizar periódicamente los hechos y los análisis del presente histórico. Con el desarrollo de la cátedra municipal a partir de tales referentes, podrían determinarse adecuaciones curriculares que le otorgaran pertinencia a los modelos educativos municipales y a los proyectos educativos institucionales, PEI.

A esta causa, pudiera sumarse con todo beneplácito el Instituto para el Desarrollo de Antioquia, IDEA, en el cual, para fortuna de la educación y la cultura del Departamento, se tienen políticas de fomento y recursos para ello, entre ellos el Premio anual a la investigación histórica de Antioquia, de cuyos resultados se publican y difunden gratuitamente las obras ganadoras.

Ahora, que la Gobernación de Antioquia opera con los principios y las estrategias de un conglomerado, el logro de un propósito como este es de altísima posibilidad. Sólo requiere acercamiento, acuerdo y voluntad operativa.

Factibilizar y materializar la formación integral y el aprendizaje de los estudiantes.

El término desarrollo no tiene en educación la misma significación que en economía u otras áreas de las ciencias sociales. En educación la palabra desarrollo hace alusión específica a identificación, desenvolvimiento, despliegue, crecimiento, progreso, extensión, expansión, proyección, auge y plenitud de todas las dimensiones estructurales del ser humano como persona y por consiguiente de su identidad.

Un auténtico desarrollo humano parte de sus raíces endógenas, esto es de la historia y la genética familiar, de las culturas local, regional y nacional, de los recursos de la sociedad y el respeto hacia ellos, y de las necesidades y aspiraciones de un pueblo. Todo proceso de desarrollo debe comprometerse a someter a sana crítica y a respetar las generaciones pasadas, perpetuando y enriqueciendo al mismo tiempo, el patrimonio cultural que han legado a la posteridad.

Como lo afirmó la Organización de Naciones Unidas, ONU, en su informe de 1995, “El desarrollo humano es un proceso conducente a la ampliación de las opciones de que disponen las personas. En principio, esas opciones pueden ser infinitas y pueden cambiar a lo largo del tiempo. Pero a todos los niveles de desarrollo, las tres opciones esenciales para las personas son: poder tener una vida larga y saludable, poder adquirir conocimientos y poder tener acceso a los recursos necesarios para disfrutar de un nivel de vida decoroso. Si no se dispone de esas opciones esenciales, muchas otras oportunidades permanecen inaccesibles... Pero el desarrollo humano no termina allí. Otras opciones, sumamentepreciadas por muchos, van desde la libertad política, económica y social, hasta las oportunidades de ser creativos y productivos y de disfrutar de autorrespeto personal y de derechos humanos garantizados.

En consecuencia, la acción de los educadores, lo mismo que de las instituciones educativas, está compelida, legal, ética, social y humanísticamente, a centrarse en las necesidades y aspiraciones de los niños, jóvenes y adultos, para promover, sustentar y facilitar en ellos, como sujetos de su propio desarrollo, el desenvolvimiento, con el mayor equilibrio posible, de todas las dimensiones con las cuales se estructura la personalidad: corporal, intelectual o racional, emocional, relacional, expresiva y comunicacional, volitiva, estética,

lúdica, ético-moral, cívico-política, vocacional ,sexual, espiritual y trascendente. (Arango, 2017).

Educar en y para el desarrollo del pensamiento crítico, la tolerancia y la convivencia pacífica. Promover el desarrollo del pensamiento crítico y la tolerancia implica ejercer la crítica social constructiva y propositiva, sin que por ello se convierta a los trabajadores de la cultura, entre ellos a los historiadores, en blanco de los violentos. Los intelectuales, los artistas, los promotores de la historia y los bibliotecarios, como aliados naturales de los educadores, se deben a las gentes del común, son ellas las destinatarias de su trabajo, en el sentido que son quienes más requieren de su ayuda para articular las necesidades y aspiraciones en proyectos viables, tal como lo indica Octavio Paz en su ensayo *Tiempo Nublado*. Al respecto, ténganse en cuenta lo que significan los valiosos conceptos de pensamiento crítico y tolerancia:

Pensamiento crítico: “Capacidad que le permite a una persona proponer una solución o adoptar conscientemente una posición frente a una situación problemática, después de comprender los hechos, de cuestionar sistemáticamente las perspectivas, los intereses y los argumentos de las partes involucradas en dicha situación, y evaluar las consecuencias o repercusiones de la decisión por la que se optó”, desde un punto de vista ético. (PALSA, Grupo internacional de investigación interuniversitaria sobre evaluación educativa).

Al pensamiento crítico se llega después de “conceptualizar, analizar, o sistematizar, evaluar y aplicar información para resolver un problema, decidir un curso de acción, encontrar una respuesta a una pregunta determinada o llegar a una conclusión” (Shaverlson et al, 2018).

“La Tolerancia es ante todo una virtud cívica, un mandamiento ciudadano, un principio ético que habilita a los seres humanos, mujeres y hombres, para convivir sin destruirse y para dirimir sus

conflictos y sus diferencias sin tener que recurrir a la guerra o a la violencia.

Adoptar La Tolerancia como un principio ético significa aceptar la complejidad y la pluralidad del mundo moderno, entender que además de “nosotros”, existen muchos “otros” con iguales derechos a ser, pensar, actuar y expresarse en la vida pública, así como a disentir y confrontar nuestros propios valores, creencias y posturas; en suma, es admitir la condición humana, universal y plural al mismo tiempo.

Ser tolerante es entender que “nosotros” somos los “otros” de los “otros” y que la regla de oro de la convivencia es no hacerles a otros lo que no toleraríamos que nos hiciesen a nosotros”. (Uribe de Hincapié, María Teresa, 1995)

Contribuir a la comprensión y asimilación de la realidad histórica de Antioquia y Colombia, de forma crítica, propositiva y comprometida, de acuerdo con los hallazgos y recomendaciones de la Comisión de La Verdad, con el fin de aportar a la construcción de la paz integral y a la configuración de un nuevo ethos nacional, caracterizado por la verdad, el derecho de las víctimas, la justicia y la no repetición.

Ahora, a la luz de la historia rescatada e irradiada por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, derivada del Acuerdo de Paz de la Habana, felizmente se empiezan a despejar las tinieblas del eclipse que sobre la realidad nacional y las instituciones del Estado impusieron la perversión de las inteligencias y la corrupción de las conciencias. Oscuridad propiciada, no sólo por esa élite económica, política, militar, policial y eclesiástica, permanentemente en maridaje para el ejercicio del poder y la defensa de impúdicos e ilegales privilegios, sino, y lamentablemente, también por una buena parte de la sociedad

colombiana, que cegada por las ideologías y la influencia perniciosa y económicamente calculada de los medios masivos de comunicación a su servicio, terminó vinculada activamente al conflicto y a la negación de posibilidades para la democracia, la justicia social y la paz.

Al no pensar por sí mismos y no cultivar el pensamiento crítico, la autoafirmación y la autonomía intelectual, amplios sectores de las clases media y popular sirvieron y siguen sirviendo y operando como instrumento útil para legitimar y justificar en las urnas y ante la opinión pública, la supremacía, la prevalencia y la acción de ideologías que apelan al egoísmo, el prejuicio, la exclusión, la segregación, la sospecha infundada, la indiferencia social, el señalamiento irresponsable, el despojo, la intolerancia, el radicalismo, el fanatismo, la exacerbación de las pasiones religiosas y políticas, la falta de compasión humana, la violencia y la muerte, para vencer y acallar a sus contrincantes o simplemente a sus diferentes.

Todo lo anterior ha resultado ser el medio propicio para mantener la comodidad, la codicia y el engaño del statu quo, al que voluntariamente apoyan y se someten en esa dialéctica del amo y el esclavo ya explicada por Hegel en su obra *Fenomenología del Espíritu*, y antes por el francés Étienne de La Boétie, en su *Discurso sobre la Servidumbre Voluntaria*.

“Bajo las presiones de los poderes económicos y mediáticos, a los ciudadanos les queda poco espacio para proyectar sus inquietudes desde una democracia participativa. Para éstos no existe garantías reales de trascender como individuos si no cumplen con autodeterminarse como sujetos independientes, críticos y autónomos. Esta es la tragicomedia cínica de los actuales despotismos: *dominar con mayor “delicadeza” sin que el dominado se dé cuenta de ello*. Y, por supuesto, a dicho despotismo se le asume con cierta despreocupación, se le tolera por ignorancia u omisión. Peligrosa manera de habitar entre seductores cuchillos ideológicos; paciente forma de soportar con delicia la enajenación de la vida” (Fajardo 2010, p. 23-24). Al sometimiento por nuestro propio deseo, es a lo que Ignacio Ramonet denomina “sometimiento elegante”.

Moral y éticamente estamos llamados a expresar reconocimiento y gratitud a los luchadores de siempre y en especial a las víctimas, que conscientemente han arriesgado o perdido sus valiosas, y a veces jóvenes vidas, durante los últimos sesenta años, por decir lo menos, al no aceptar las injusticias y desear cambios en favor de un mundo mejor para ellos, sus descendientes y sus compatriotas, a través de la consolidación de la democracia. Esto, independientemente de los errores tácticos empleados para buscar sus objetivos.

La incansable lucha por realizar en Colombia los valores de la libertad, la justicia y la democracia, la honra un crecido número de vidas dedicadas por entero a estas causas. En principio, los próceres, soldados y civiles que llevaron a cabo la independencia del imperio español, inexplicable e ingratamente relegados al olvido por los ciudadanos o los gobernantes mismos, al desconocer sus nombres, pensamiento, acciones y propósitos, a la hora de pensar en el país. Posteriormente, la de muchos otros, que han pagado con sus vidas la lucidez de su inteligencia, el pensar críticamente, investigar la realidad, informar, opinar, denunciar o proponer y trabajar en procura de una democracia verdadera. Son ellos quienes han escrito con su sangre las más tristes y meritorias páginas de la historia nacional.

Asesinados individualmente, en grupos, en masacres, o inhumanamente desaparecidos, sus nombres empiezan apenas a ser identificados, reconocidos y honrados, gracias a la amorosa lealtad de sus familiares y a la memoria de sus amigos, pero también al especial y exigido esfuerzo de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, surgida de los acuerdos de Paz de la Habana y de la excepcional entereza del actual Consejo de Estado. Ha sido tan devastadora la historia nacional, que el Padre Francisco de Roux, presidente de la Comisión lo sinteriza así: “Si por cada víctima del conflicto colombiano tuviéramos que guardar un minuto de silencio, tendríamos que callar 16 años”.

La violencia fratricida, auspiciada, tolerada, sustentada y ejercida por tantos años desde organizaciones partidistas, gremios de la producción, instituciones del Estado colombiano, gobiernos extranjeros incidentes en Colombia, narcotraficantes, bandas de delincuencia común y grupos levantados en armas contra el Estado, ha privado al país de un sinnúmero de vidas que le eran necesarias para su construcción, lo mismo que de inteligencias irremplazables a la hora de idear nuevos futuros. La estrategia ha dejado al país en una situación de orfandad tan terrible, de autodestrucción inconsciente,

ignominiosa y enfermiza, que bien puede asemejarse a la de un suicidio nacional inducido. Frente a ella, corresponde a la historia política y cultural realizar el diagnóstico y prescribir el tratamiento, el que, sin lugar a dudas, deberá incluir fomento y fortaleza de la identidad, lo mismo que de la democracia. “Entre extremos no exentos de verdad, pero tampoco de ceguera ideológica está la historia: la explicación y la pesquisa nunca acabada del todo (todo) eso que fuimos: lo que fuimos, y somos y seremos, eso somos” (Constaín, 2021). “Al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos” (Galeano, 1987).

Referencias bibliográficas

- Arango, Gabriel Jaime. (2017). Valor Social de la Educación y la Cultura. Medellín, Editorial EAFIT
- Aristóteles. (1985) *Ética a Nicómaco*, Madrid: Gredos.
- Cirigliano, Gustavo F.J. (1979). *Filosofía de la Educación*. Buenos Aires, Humanitas
- Constaín, Juan Esteban (14 de octubre 2021). El futuro del pasado. Columna *El Tiempo*, p.1.11
- Fajardo, Carlos. (2010). *Rostros del Autoritarismo. Mecanismos de control en la sociedad global*. Le Monde diplomatic, Bogotá.
- Ferguson, Niall (2012). *Civilización. Occidente y el resto*. Barcelona: Random House Mondadori. S.A. p.24-25
- Folguera, Pilar. *Comunidad de Madrid*. (1987). *Vida Cotidiana en Madrid, primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*. Madrid, imprenta de la Comunidad de Madrid
- Galeano, Eduardo. (1987) *El libro de los abrazos*. Montevideo, SXXI Editores
- Harari, Yuval Noah. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U
- Lessing, Doris. (2007). *Las cárceles elegidas*. México: Fondo de Cultura Económica. p.96.
- Mélich, Joan-Charles. (2019). *La sabiduría de lo Incierto. Lectura y condición humana*. Barcelona: Tusquets Editores, S. A. p. 96-97

Montaigne. (2008). Les Essais. París: Librairie Générale Française, Edition 03

Ortega, José, en Zambrano, María. (1988). Persona y Democracia. La Historia Sacrificial. Barcelona: Editorial Anthropos. Promat, S, Coop. Ltda.

Restrepo Gallego, Beatriz. (1990) Religiosidad y Moralidad en Antioquia, en Realidad Social Vol. I, Gobernación de Antioquia. p. 180-181

Uribe de Hincapié, María Teresa. (1996). La Tolerancia: un propósito colectivo para la construcción de la convivencia. Medellín, Comfenalco Antioquia.

Vallejo, Irene. (2020). El Infinito en un Junco. Madrid: Ediciones Siruela. S. A. p.90